

ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA

Carta nº 156: Reivindicación de la sensatez

Estimados padres:

La evolución de las ideas, las costumbres y los acontecimientos, nos han llevado (en este primer mundo que habitamos) a llegar a dudar, en determinados momentos, de si somos quienes creemos ser o solamente un envase en el que habitan diferentes seres extraños que piensan, sienten y deciden -sucesiva pero también simultáneamente- conforme a no se sabe qué criterios, a cuál más radical y estrafalario.

Como si de una pesadilla se tratase o de un sueño provocado por una mala postura o pesada digestión, nos encontramos, a veces, con la inquietante sensación de que ni somos dueños (del todo) de nuestras vidas ni nuestras acciones responden a un patrón lógico basado en el análisis de las situaciones y la orientación hacia un logro satisfactorio y beneficioso para nosotros y los nuestros.

En todos los órdenes de la vida social, se aprecia, además, que -origen o consecuencia de ello- la crispación, la ansiedad y la insatisfacción presiden las relaciones interpersonales, tanto las intrafamiliares como las que se mantienen con el resto de iguales. Sin llegar a ser universal, no son pocos los testimonios que, de continuo, llegan a tantos oídos relativos al malestar, unas veces concreto y otras indefinido, que decimos estar padeciendo.

Y, lamentablemente, la proyección de ese conjunto de incertidumbres, desequilibrios y contradicciones se focaliza en aquéllos para los que tan imprescindible resultan (al menos durante ese largo itinerario que supone la infancia y la adolescencia) la seguridad, los sólidos referentes y la percepción de un entorno favorable que, prevengan, lo más posible, de las taras y traumas que, también cada vez en número creciente, parecen surgir por doquier.

Sin insistir en la extensión del cerrilismo, mal gusto y provocación transgresora que en distintos ámbitos y niveles se ha instalado y a los que ya se ha aludido en anteriores ocasiones como indicadores de la enfermedad social que padecemos, repararemos en esta oportunidad en la necesidad de reivindicar, cuanto podamos y donde nos dejen, la virtud de la sensatez.

Atenazados por presiones y circunstancias de distinto tipo (algunas buscadas y otras encontradas) y condicionados por tantas cuestiones emergentes en las nuevas dinámicas sociales que se van imponiendo, unas veces de modo más sutil y otras más descarado, nos encontramos con que vivir se va convirtiendo muchas veces en un “sobrevivir” (“ir tirando”), con lo que ello tiene de deterioro, a muchos niveles, de nuestra calidad de vida.

Cuando, inevitablemente para los que tienen edad y memoria, se contrastan tiempos en los que las condiciones materiales de la generalidad de la población eran mucho menos favorables, el balance (no sólo afectado por el peso de la nostalgia) parece revelar que si bien en algunos aspectos vivimos mejor, en otros no lo es tanto. Sucede lo mismo que esa sensación que produce un plato presentado para “miss” en local de glamurosa decoración y que no evita echar de menos el sabor y sensaciones de un puchero de casa de comidas.

El progreso, ese ídolo que cada vez se muestra más con grandes pies de barro, no ha avanzado por igual en todas las facetas de la vida y así, mientras para la salud física no hay comparación en cuanto a la respuesta de la ciencia, la tecnología y sus profesionales para abordar con éxito muchas vicisitudes hoy en día frente a la coyuntura de hace veinte o cincuenta años, en lo relativo a la salud social y comunitaria no cabe poder decir lo mismo, vistos los índices actuales de demanda de tales atenciones.

Y ése es, a nuestro parecer, el núcleo del asunto: ¿cuánto estamos dispuestos a sacrificar por contar con cambios e innovaciones (en los objetos y en los modos de interacción social) que nos ahorran tiempos, desplazamientos o simplemente papel?

¿Cabría “filtrar” los avances de la tecnología para no quedar, a la postre, subyugados y determinados por decisiones tomadas por inteligencias artificiales? Porque bien pudiera ocurrir que, en aras de la libertad, la conectividad y la apertura a nuevas posibilidades, acabásemos sumidos en la esclavitud y determinismo de una ignota superestructura social pensante.

Una reivindicación de la sensatez que pasa por afirmar con rotundidad ante nuestros hijos y quienes nos quieran escuchar que no es obligatorio pagar determinados peajes que la sociedad actual se ha encargado de establecer. Que se puede vivir sin instagram (como ya titulamos en una “Pista para acertar” de hace seis años, concretamente la número 39); que no hay que pedir perdón por tener modales y preferir el diálogo a la amenaza, que ningún delincuente debería llegar a tener tres antecedentes, que existen medios y soluciones para que nadie, verdaderamente necesitado, se apropie de un piso (sea del banco o de una venerable anciana que tuvo que abandonarlo temporalmente para hospitalizarse), que, sencillamente, no hay por qué aceptar como “normal” que paredes o vagones estén vandalizados por sujetos indeseables y que ya hay bastantes testimonios de a dónde conducen ciertas frivolidades.

Una reivindicación de la sensatez que nos facilite compartir que en nosotros mismos está la posibilidad de enseñarles a disfrutar de los parques en vez de prepararles para la jungla. Porque muchos oasis cercanos transformarían el desierto.